

Jacques Lacan: el retorno a Freud y sus consecuencias clínicas

Nancy Edith Hagenbuch

Manuscrito para publicación

Introducción

La enseñanza de Jacques Lacan constituye uno de los momentos más decisivos de la historia del psicoanálisis del siglo XX. Su obra no puede ser pensada como una simple continuación de Freud ni como una modificación externa de sus conceptos, sino como una operación rigurosa de retorno a Freud. Esta expresión no designa una vuelta nostálgica a un origen idealizado, ni una repetición literal de los textos freudianos. Designa, más bien, una lectura que intenta recuperar la fuerza subversiva del descubrimiento del inconsciente y extraer de él consecuencias nuevas para la clínica.

El retorno a Freud implica volver a la pregunta que funda el psicoanálisis: ¿qué sujeto descubre la experiencia analítica cuando demuestra que el hombre no es transparente para sí mismo, que existe un saber que lo habita sin que pueda dominarlo? Freud había producido una ruptura decisiva al mostrar que el yo no es amo en su propia casa. Lacan toma esta frase freudiana en toda su radicalidad y la despliega a través de una enseñanza que interroga el lenguaje, el deseo, la transferencia, el goce y lo real.

Frente a ciertas orientaciones del psicoanálisis que tendían a privilegiar la adaptación del yo, la armonización de la personalidad o la adecuación del sujeto a la realidad, Lacan vuelve a situar en el centro de la experiencia analítica la división subjetiva. No se trata de curar al sujeto de su falta, porque la falta es constitutiva. Tampoco se trata de llevarlo hacia un ideal de normalidad. Se trata de permitirle encontrar otra relación con aquello que lo determina, con su deseo, con su síntoma y con su modo singular de gozar.

El recorrido de Lacan no debe ser leído como una evolución lineal, donde una etapa superaría definitivamente a la anterior. La palabra evolución resulta insuficiente e incluso equívoca, porque podría sugerir que Lacan abandona a Freud o progresa más allá de él en una línea de desarrollo acumulativo. Lo que encontramos, en cambio, es el despliegue de una enseñanza que vuelve una y otra vez sobre Freud, extrayendo de sus textos nuevas consecuencias. El inconsciente estructurado como un lenguaje, la transferencia, el objeto a, el fantasma, el goce, el semblante y el sinthome son diferentes formalizaciones de una misma pregunta: cómo se constituye un sujeto y qué puede hacer un análisis con aquello que lo causa.

Desde los primeros seminarios hasta la última enseñanza, Lacan mantiene una tensión fecunda entre la palabra y su límite. En un primer tiempo, su retorno a Freud se articula con la primacía del significante y con la afirmación de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Pero ese recorrido no se detiene allí. La clínica muestra que no todo puede resolverse por la vía del sentido. Hay un resto, una insistencia, una satisfacción paradójica que no se deja absorber completamente por la interpretación. Ese resto conduce a Lacan hacia una clínica orientada por lo real.

La clínica de lo real no abandona el lenguaje. Por el contrario, muestra que es el lenguaje mismo el que introduce un límite. El sujeto habla, pero no todo puede ser dicho. El síntoma se descifra, pero no todo el síntoma se reduce a un mensaje. Allí donde el sentido se agota, aparece la dimensión del goce. La dirección de la cura se desplaza entonces desde la búsqueda de una verdad última hacia la posibilidad de un saber hacer con aquello que insiste.

Una de las formulaciones que orienta este trabajo es que las letras fundamentales de un sujeto están presentes desde el comienzo de una cura. El análisis no borra esas letras, no elimina las marcas constitutivas ni produce un sujeto nuevo. Lo que puede modificarse es la posición del sujeto frente a ellas. El atravesamiento fantasmático, el desciframiento del síntoma y la elaboración transferencial permiten una reducción del goce mortificante y una apertura hacia un goce más ligado a la vida.

Este texto propone recorrer la enseñanza de Lacan desde su contexto histórico e institucional hasta su última elaboración sobre el sinthome. Se tratará de situar su vida, sus rupturas, sus vínculos con las instituciones psicoanalíticas, la llamada excomunión, la fundación de la Escuela Freudiana de París y el despliegue de sus conceptos fundamentales. El eje será siempre el mismo: el retorno a Freud y sus consecuencias clínicas.

Contexto histórico: el psicoanálisis frente a las transformaciones del siglo XX

La enseñanza de Lacan se desarrolla en un siglo atravesado por profundas transformaciones históricas, culturales y científicas. Para comprender su surgimiento es necesario situarla en

una época donde las certezas sobre la razón, el progreso y la idea de un sujeto plenamente autónomo fueron puestas en cuestión. Las guerras mundiales, la crisis de los ideales modernos, el desarrollo de las ciencias humanas y los debates filosóficos del siglo XX constituyen el escenario en el que Lacan vuelve a interrogar el descubrimiento freudiano.

Freud había abierto una herida en la concepción moderna del sujeto. La conciencia, que durante siglos había sido pensada como centro del saber sobre sí, aparece descentrada. Los sueños, los lapsus, los actos fallidos y los síntomas revelan una lógica que no responde al dominio consciente. El sujeto está dividido. La vida psíquica no se agota en la razón. El deseo no coincide con la voluntad. Esta ruptura freudiana adquiere una dimensión particular después de las guerras, cuando la idea de una humanidad guiada por la razón y el progreso queda profundamente cuestionada.

En ese contexto, el psicoanálisis mismo se encontraba atravesado por tensiones. En distintos ámbitos institucionales aparecían lecturas que tendían a privilegiar el yo, la adaptación a la realidad y la normalización de la conducta. Lacan considera que esas orientaciones debilitaban la fuerza subversiva del descubrimiento freudiano. Su retorno a Freud debe entenderse como una respuesta a ese riesgo: recuperar el inconsciente, la sexualidad, la pulsión, la repetición, el conflicto y el deseo como ejes de la experiencia analítica.

La elaboración lacaniana se inscribe además en el clima intelectual francés de posguerra. La lingüística estructural, la antropología, la filosofía, la lógica y la literatura participan del universo de referencias que Lacan pone a trabajar. La influencia de Saussure le permite reformular la relación entre significante y significado. La antropología estructural de Lévi-Strauss le ofrece una vía para pensar la ley simbólica, el parentesco y la estructura del intercambio. Hegel, leído a través de Kojève, le aporta una problemática del deseo, el reconocimiento y la relación con el Otro. Heidegger introduce la pregunta por el ser, la verdad y la palabra. Jakobson le permite articular la metáfora y la metonimia con los mecanismos freudianos de condensación y desplazamiento.

Lacan no toma estos autores como un conjunto de influencias externas que se acumulan sobre Freud. Los hace trabajar como operadores de lectura. La lingüística, la antropología, la filosofía, la lógica, la matemática, la topología y la literatura son convocadas para

formalizar problemas clínicos. Lacan no abandona la clínica para convertirse en filósofo o lingüista. Utiliza esos campos para volver a Freud de otro modo.

La matemática y la topología tendrán un lugar decisivo en su enseñanza posterior. La banda de Moebius, el toro, la botella de Klein y el nudo borromeo no son adornos eruditos. Son intentos de escribir estructuras que no pueden ser captadas adecuadamente por la intuición imaginaria. La topología permite pensar cortes, bordes, continuidades y anudamientos. Allí donde el lenguaje conceptual tropieza, Lacan busca una escritura que permita bordear lo real.

El contexto histórico no funciona entonces como un marco exterior. Forma parte de las preguntas que atraviesan la obra lacaniana. Lacan responde a una época en la que las instituciones, los ideales, la autoridad y las formas tradicionales de transmisión estaban siendo interrogadas. Su enseñanza se inscribe en esa tensión: conservar la causa freudiana, pero no convertirla en una ortodoxia; transmitir una herencia, pero sostener la invención.

Jacques Lacan: vida, formación y recorrido institucional

Jacques-Marie Émile Lacan nació en París en 1901. Su vida intelectual se desarrolló en un ambiente atravesado por la medicina, la filosofía, la literatura, la ciencia y los grandes debates culturales del siglo XX. Estudió medicina y se orientó hacia la psiquiatría, disciplina desde la cual comenzó a interrogar la relación entre locura, subjetividad y verdad.

Su tesis doctoral de 1932, *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, constituye un momento fundamental de su recorrido. Allí ya aparece una preocupación que permanecerá a lo largo de toda su enseñanza: la experiencia subjetiva no puede reducirse a una explicación puramente orgánica o adaptativa. La locura no es solamente déficit; implica una relación singular con el mundo, con el otro, con la imagen, con el lenguaje y con la verdad.

La clínica de la paranoia le permite interrogar la relación entre el sujeto y el otro, entre identidad y reconocimiento. Estos problemas preparan una de sus primeras elaboraciones fundamentales: el estadio del espejo. Presentado en 1936 y retomado posteriormente en sus

escritos, el estadio del espejo permite pensar la constitución del yo a partir de una identificación con una imagen exterior. El niño se reconoce en una imagen unificada de su cuerpo antes de tener dominio efectivo de esa unidad. El yo aparece entonces como una formación imaginaria, no como una instancia originaria.

Esta elaboración introduce una diferencia que será central en toda la enseñanza lacaniana: el yo no coincide con el sujeto. El yo se sostiene en identificaciones imaginarias, en una búsqueda de unidad y consistencia. El sujeto del inconsciente, en cambio, será pensado como efecto del significante y como dividido. Desde sus primeros desarrollos, Lacan cuestiona la idea de una subjetividad transparente y autónoma.

El encuentro con la obra de Freud será decisivo. Lacan considera que ciertas lecturas del psicoanálisis habían debilitado la radicalidad del descubrimiento freudiano al reducirlo a una psicología del yo. Su retorno a Freud busca recuperar la dimensión del inconsciente, del deseo y de la sexualidad como aquello que descompleta la ilusión de unidad del sujeto. Volver a Freud significa volver al texto, pero no para repetirlo, sino para extraer sus consecuencias.

La vida personal de Lacan estuvo acompañada por vínculos familiares y afectivos que forman parte de su recorrido histórico, aunque su obra no pueda explicarse por su biografía. En 1934 contrajo matrimonio con Marie-Louise Blondin. De esta unión nacieron tres hijos: Caroline, Thibaut y Sibylle. Posteriormente estableció una relación con Sylvia Bataille, vinculada al ambiente artístico e intelectual francés y anteriormente casada con Georges Bataille. Lacan y Sylvia contrajeron matrimonio en 1953 y tuvieron una hija, Judith Lacan.

Estos vínculos se desarrollaron en un contexto de intensa participación en la vida cultural francesa. Lacan frecuentó escritores, filósofos, artistas y pensadores de su tiempo. Pero su figura no puede reducirse a la del intelectual brillante o al personaje excéntrico. Fue, ante todo, un analista que hizo de la transmisión del psicoanálisis una causa.

Su relación con las instituciones psicoanalíticas estuvo marcada por tensiones profundas. Lacan cuestionó las formas establecidas de formación del analista, la orientación adaptativa de ciertas prácticas y el modo en que la institución podía convertirse en garante de autoridad. La cuestión de las sesiones de duración variable fue uno de los puntos más

visibles de conflicto, pero detrás de ese debate estaba en juego una pregunta mayor: qué es un acto analítico y cómo se transmite el psicoanálisis.

En 1963 Lacan fue excluido de la lista de analistas reconocidos por la Asociación Psicoanalítica Internacional. Él mismo nombró este acontecimiento como una excomunión. El término no es casual: señala que la pertenencia institucional puede adquirir la forma de una comunidad cerrada, casi religiosa, donde la autoridad se sostiene por mecanismos de legitimación más que por la relación viva con la causa analítica.

La excomunión no fue para Lacan simplemente una sanción. Se transformó en un acontecimiento teórico. En 1964 dicta el Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, en el que retoma los fundamentos de la experiencia analítica: inconsciente, repetición, transferencia y pulsión. Ese mismo año funda la Escuela Freudiana de París. La Escuela debía ser un espacio donde el psicoanálisis pudiera interrogarse a sí mismo, no una institución destinada a cristalizar una doctrina.

Para Lacan, cada analista tiene la responsabilidad de aportar algo para que el psicoanálisis permanezca. Esta afirmación condensa una ética de la transmisión. No se trata de repetir al maestro ni de conservar una enseñanza como un monumento. Se trata de hacer trabajar una herencia. La fidelidad a Freud implica invención. La transmisión no consiste en copiar, sino en sostener una causa en cada época.

En sus últimos años, Lacan profundiza la topología, los nudos borromeos, Joyce y el sinthome. Su muerte en París en 1981 no cierra su enseñanza. Por el contrario, deja abierta una tarea: continuar interrogando qué es el psicoanálisis, cómo se transmite y de qué manera cada analista puede aportar para que permanezca viva su causa.

El sujeto del inconsciente: del lenguaje al significante

El primer gran movimiento de la enseñanza de Lacan consiste en restituir al psicoanálisis la dimensión radical del descubrimiento freudiano: la existencia de un sujeto que no coincide con el yo consciente. Lacan introduce una diferencia decisiva entre el yo y el sujeto. El yo se sostiene en imágenes, identificaciones y formas de consistencia imaginaria. El sujeto del

inconsciente, en cambio, aparece en los cortes del discurso, en los equívocos, en los lapsus, en aquello que se dice más allá de la intención consciente.

La afirmación de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje constituye uno de los pilares del retorno a Freud. No significa que el inconsciente sea simplemente lenguaje, ni que todo pueda reducirse a una lingüística. Significa que el inconsciente freudiano tiene una lógica significante. Los sueños, los lapsus, los chistes y los síntomas no son producciones caóticas. Responden a mecanismos que Lacan lee con la ayuda de la metáfora y la metonimia.

En los Seminarios 1 y 2, Lacan vuelve a situar la palabra en el centro de la experiencia analítica. El análisis no es una conversación destinada a aconsejar, ni una relación de comprensión empática entre dos personas. Es una experiencia en la que la palabra puede producir una transformación de la posición del sujeto. Lacan diferencia la palabra vacía, ligada a la repetición imaginaria y al sostén del yo, de la palabra plena, capaz de hacer emerger una verdad subjetiva.

La verdad, para Lacan, no aparece como un contenido completo que podría ser comunicado de manera transparente. Se manifiesta de forma parcial, en el equívoco, en el tropiezo, en el punto donde el sujeto se sorprende por aquello que ha dicho. El inconsciente no es un depósito de recuerdos ocultos; es un saber que se produce en la cadena significante.

El Seminario 3, dedicado a las psicosis, permite a Lacan poner a prueba su teoría del significante. La psicosis no es comprendida como una simple pérdida de realidad, sino como una estructura subjetiva específica. El concepto de forclusión del Nombre-del-Padre permite formalizar una operación fundamental: cuando un significante decisivo no se inscribe en lo simbólico, retorna en lo real. El delirio puede entonces ser leído como un intento de reconstrucción frente a una falla en el orden simbólico.

Esta elaboración muestra que el lenguaje no es un instrumento que el sujeto utiliza desde afuera. El sujeto está habitado por el lenguaje. El Otro, como lugar de los significantes, precede al sujeto. Antes de hablar, el sujeto ya está hablado por un entramado simbólico: nombres, deseos, expectativas, prohibiciones, lugares familiares y culturales. La entrada en el lenguaje es constitutiva, pero implica también una pérdida.

Los Seminarios 4, 5 y 6 profundizan la constitución del sujeto a partir de la falta, el deseo y la metáfora paterna. Lacan muestra que el objeto humano no es un objeto de satisfacción plena. La necesidad se transforma al pasar por la demanda dirigida al Otro, y en esa transformación surge el deseo. El deseo no coincide con la necesidad ni con la demanda. Es aquello que queda más allá de toda satisfacción posible.

La castración simbólica no debe ser entendida como una pérdida concreta, sino como la inscripción de un límite. No existe un objeto capaz de completar definitivamente al sujeto. Esa falta no es un déficit accidental. Es la condición misma del deseo. El sujeto desea porque algo falta estructuralmente.

El fantasma comienza a adquirir aquí un lugar fundamental. No es una fantasía consciente ni una escena imaginaria secundaria. Es una estructura que organiza la relación del sujeto con el deseo del Otro y con el objeto que causa su deseo. El fantasma responde a la pregunta por el deseo del Otro: ¿qué soy para el Otro? ¿Qué quiere el Otro de mí? ¿Qué lugar ocupo en su deseo?

Este primer tramo de la enseñanza lacaniana permite situar al sujeto como efecto del significante, dividido por el lenguaje y orientado por una falta. Pero al mismo tiempo prepara la pregunta por aquello que no se deja absorber por el significante. Allí se abrirá el camino hacia el objeto a, la angustia y la clínica de lo real.

Del deseo a lo real: ética, transferencia, identificación y objeto a

El Seminario 7, La ética del psicoanálisis, introduce una inflexión decisiva. Lacan desplaza la pregunta desde la constitución significativa del sujeto hacia la relación del sujeto con su deseo. La ética del psicoanálisis no se funda en ideales de adaptación, bienestar o normalidad. No busca conducir al sujeto hacia una armonía imaginaria con el mundo. La pregunta ética del análisis se orienta hacia la posición del sujeto frente a aquello que causa su deseo.

Lacan retoma el concepto freudiano de Das Ding, la Cosa, para nombrar aquello que permanece fuera de toda representación completa. La Cosa no es un objeto perdido que podría recuperarse. Es un vacío alrededor del cual se organiza el deseo. Con Das Ding

aparece una anticipación de lo real: aquello que no puede ser totalmente simbolizado y que, sin embargo, orienta la experiencia subjetiva.

La lectura de Antígona permite a Lacan interrogar la relación entre deseo, ley y límite. Antígona no es presentada como modelo moral a imitar, sino como figura que permite pensar una posición extrema frente al deseo. La ética del psicoanálisis no equivale a realizar cualquier impulso. Implica no ceder respecto de aquello que constituye la singularidad del sujeto. Esta orientación introduce una diferencia radical respecto de toda clínica basada en la normalización.

El Seminario 8, La transferencia, desarrolla la estructura del vínculo analítico. La transferencia no es un simple afecto dirigido al analista. Es el campo donde se pone en juego la relación del sujeto con el saber y con el deseo. El analizante se dirige al analista suponiendo que allí hay un saber sobre su verdad. Esta suposición constituye el lugar del sujeto supuesto saber.

El analista no debe identificarse con ese lugar como quien poseería efectivamente la respuesta. La dirección de la cura no consiste en confirmar la ilusión de un Otro completo, sino en permitir que esa suposición se despliegue y finalmente caiga. La transferencia es motor de la cura porque permite la producción del saber inconsciente, pero también conduce al punto en que el sujeto verifica que no hay Otro que posea la garantía última de su ser.

En el Seminario 9, La identificación, Lacan interroga la marca significativa. La identificación no es la constitución de una identidad plena. Es una operación por la cual el sujeto queda marcado por un significativo. El rasgo unario permite pensar esa primera marca diferencial que inscribe una singularidad. El sujeto recibe marcas del Otro, pero no queda totalmente reducido a ellas. Hay una distancia entre la inscripción recibida y la posibilidad de hacer algo propio con ella.

Esta cuestión prepara la elaboración posterior del nombre propio. El nombre no es solamente una etiqueta identificatoria. Puede funcionar como una inscripción singular, como un modo de anudamiento y de respuesta frente a lo real. En la última enseñanza, esta problemática encontrará una nueva formulación a partir de Joyce y el sinthome.

El Seminario 10, La angustia, constituye un momento fundamental porque allí Lacan formaliza el objeto a. El objeto a no es un objeto que el sujeto desea poseer. Es aquello que causa el deseo. Es un resto producido por la constitución misma del sujeto en el campo del lenguaje. No pertenece plenamente al sujeto ni al Otro. Funciona como causa, como resto, como aquello alrededor de lo cual se organiza el deseo.

La angustia, para Lacan, no es sin objeto. No aparece simplemente ante una ausencia, sino cuando la falta que sostiene el deseo parece amenazada. La angustia surge cuando algo del objeto se aproxima demasiado, cuando el lugar vacío que permite desear se ve ocupado. Por eso la angustia es una vía privilegiada de acceso a lo real.

Lacan articula el objeto a con las formas pulsionales: el objeto oral, el objeto anal, la mirada y la voz. El objeto oral se vincula con la incorporación y la pérdida del seno; el anal con la demanda, el don, la retención y la separación; la mirada muestra que el sujeto no solamente mira, sino que está capturado por la mirada del Otro; la voz introduce una dimensión que excede el sentido y resuena como resto invocante.

Con el objeto a, Lacan produce un desplazamiento decisivo. El síntoma ya no puede ser pensado únicamente como mensaje cifrado. También debe ser leído como una modalidad singular de satisfacción. La clínica no se orienta solamente a preguntar qué significa el síntoma, sino también qué goce sostiene.

De los cuatro conceptos fundamentales a la clínica de lo real

El Seminario 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, se desarrolla en el contexto de la excomuni3n. Lacan retoma allí los conceptos que considera esenciales: inconsciente, repetici3n, transferencia y puls3n. Pero los retoma bajo una nueva luz. La ruptura institucional se convierte en ocasi3n para volver a preguntar qué sostiene verdaderamente la experiencia analítica.

El inconsciente aparece como apertura y cierre, como discontinuidad, como algo que se manifiesta en el tropiezo. No se trata de un saber completo al que se accedería de manera progresiva. El inconsciente se produce en el corte, en la sorpresa, en la hiancia. La

repetición, por su parte, no es simple retorno de lo mismo. En ella insiste un encuentro fallido, un punto de real que no logra ser integrado al saber.

La transferencia sigue siendo motor de la cura, pero Lacan la articula con el sujeto supuesto saber y con el objeto a. La pulsión introduce la dimensión del cuerpo y del circuito. La pulsión no busca simplemente un objeto que satisfaga una necesidad; gira alrededor de un objeto perdido y obtiene satisfacción en su recorrido. El objeto a permite formalizar esta lógica.

Los Seminarios 12 y 13 profundizan la pregunta por el sujeto del psicoanálisis y por el objeto del psicoanálisis. El sujeto no es una persona completa, sino un sujeto dividido. El objeto del psicoanálisis no es un objeto empírico que pueda observarse desde afuera, sino el objeto a como causa del deseo y resto de la operación significante. La verdad del sujeto aparece de manera parcial, en los equívocos y en los cortes del discurso.

El Seminario 14, La lógica del fantasma, permite articular el objeto a con el fantasma fundamental. El fantasma organiza la relación del sujeto con el deseo del Otro. Es una respuesta frente a la falta y una forma de sostener una posición subjetiva. Pero aquello que sostiene al sujeto puede también fijarlo a una repetición sufriente.

El atravesamiento del fantasma no significa destruirlo ni alcanzar una supuesta verdad definitiva. Significa modificar la relación del sujeto con esa escena fundamental que organizaba su deseo. El análisis no produce un sujeto sin marcas. Las letras que lo constituyen permanecen, pero cambia la posición desde la cual puede relacionarse con ellas. Esta idea es decisiva para pensar el final de análisis.

En el erotismo con el otro, el sujeto no se encuentra con una complementariedad natural. Llega con su fantasma y con una modalidad singular de goce. El encuentro amoroso o sexual no se da entre sujetos completos que se ajustan armónicamente, sino entre fantasmas, síntomas y modos de gozar. Esta perspectiva prepara la formulación posterior de que no hay relación sexual.

El Seminario 15, El acto psicoanalítico, interroga qué define la operación del analista. El acto analítico no es una técnica ni la aplicación de un saber previamente adquirido. Es una operación que modifica la posición del sujeto. La cura comienza bajo la suposición de saber

dirigida al analista, pero conduce hacia la caída de esa garantía. El sujeto descubre que el Otro no posee una respuesta completa sobre su ser.

El pasaje de analizante a analista no consiste en acumular conocimientos. Supone haber atravesado una experiencia subjetiva donde se modifica la relación con el saber, con el deseo y con el objeto. De allí la importancia del deseo del analista: no como deseo personal, sino como posición ética que permite sostener el lugar vacío necesario para que el sujeto produzca su propio recorrido.

El Seminario 16, De un Otro al otro, profundiza la relación entre el gran Otro del significante y el objeto a. El Otro no es completo. Está barrado. El objeto a señala precisamente el punto donde el Otro falla. El sujeto llega al análisis buscando una garantía en el Otro, pero la experiencia analítica permite reconocer que no existe una última palabra capaz de cerrar la pregunta por el ser.

Discursos, goce y semblante

En el Seminario 17, El reverso del psicoanálisis, Lacan introduce la teoría de los cuatro discursos: el discurso del amo, el discurso universitario, el discurso histérico y el discurso del analista. Los discursos no son simples formas de hablar. Son estructuras que organizan los lazos sociales a partir de lugares diferenciados: sujeto, saber, verdad y goce.

El discurso del analista ocupa una posición singular. El analista no se presenta como dueño del saber, sino que sostiene el lugar del objeto a como causa del deseo. Esta formalización permite pensar la clínica, pero también las instituciones, la transmisión y la relación entre saber y poder. Todo saber está atravesado por una relación con el goce. No existe un saber neutral, separado de la satisfacción que lo sostiene.

En este contexto Lacan también permite diferenciar posiciones neuróticas. La histeria interroga al Otro. Hace trabajar al saber del Otro y pone en cuestión su completud. Su pregunta puede formularse como: ¿qué soy para el deseo del Otro? La obsesión, en cambio, tiende a sostener un Otro consistente, a controlar mediante el pensamiento y la postergación aquello que amenaza con revelar la falta. Ambas posiciones muestran modos distintos de relación con el deseo y con el goce.

En la neurosis, el campo del Otro se organiza en relación con una falta de goce. No se trata de un Otro plenamente gozante, sino de un Otro donde el goce queda regulado por la ley simbólica. La falta en el Otro sostiene el deseo. El neurótico se constituye en esa relación con un Otro barrado, pero cada estructura responde de modo diferente a esa falta.

El Seminario 18, De un discurso que no fuera del semblante, introduce una noción fundamental: el semblante. Es importante precisar que el semblante no es una simple apariencia falsa opuesta a una verdad escondida. No se trata de una máscara superficial ni de un engaño que habría que atravesar para llegar a una esencia auténtica.

El semblante tiene una función estructural. Es una forma necesaria mediante la cual el sujeto se relaciona con el Otro, con el lenguaje y con el goce. El sujeto no accede directamente a lo real. Su relación con lo imposible está mediada por significantes, imágenes, ficciones, nombres y formas simbólicas. La clínica no apunta a eliminar todo semblante, sino a permitir que el sujeto pueda servirse de él sin quedar completamente capturado.

El semblante se vuelve especialmente importante para pensar la sexuación y el lazo social. Allí donde no existe una relación sexual escrita, los semblantes permiten construir modos de encuentro, posiciones, nombres, escenas y formas de amor. No resuelven lo imposible, pero permiten bordearlo.

Sexuación, Tiresias y el amor como invención

En los Seminarios 19 y 20, Lacan desarrolla las fórmulas de la sexuación y lleva más lejos la pregunta por el goce. La afirmación no hay relación sexual no significa que no existan relaciones amorosas, encuentros sexuales o vínculos entre los cuerpos. Significa que no existe una escritura simbólica de una complementariedad plena entre los sexos. No hay proporción sexual que pueda escribirse como garantía.

Los goces son heterogéneos. La posición masculina y la posición femenina no se reducen a la anatomía ni a una oposición biológica simple. Son posiciones lógicas respecto de la función fálica y del goce. Del lado masculino, Lacan formaliza una relación con el goce fálico organizada por la función de la excepción. Del lado femenino, formula una posición

no-toda respecto de la función fálica, abriendo la dimensión de un goce suplementario que no puede ser completamente dicho.

El goce femenino no es simplemente el goce de las mujeres en sentido empírico. Tampoco debe ser reducido a un misterio esencialista. Se trata de una formalización lógica de un goce que no queda todo capturado por la función fálica. Lacan intenta escribir, justamente, el punto donde algo del goce escapa a la escritura completa.

El mito de Tiresias permite introducir la cuestión del saber imposible sobre el goce. Tiresias, según el mito, habría experimentado tanto la posición masculina como la femenina. Por eso es convocado como aquel que podría revelar una verdad sobre la diferencia de los placeres. Pero Lacan retoma esta referencia para mostrar el límite de ese saber. El goce no puede transformarse en una verdad universal. No hay saber completo sobre el goce del otro.

Cada sujeto mantiene una relación singular con su cuerpo y con su satisfacción. En el encuentro erótico no se encuentran dos goces complementarios que encajan naturalmente. Cada sujeto llega con su fantasma, su síntoma, su modo de gozar y sus marcas. Por eso el encuentro está siempre mediado por una escena fantasmática y por una invención.

En el Seminario 20, Aún, la fórmula no hay relación sexual se articula con una nueva lectura del amor. El amor aparece como una respuesta frente a la imposibilidad de escribir la relación sexual. Allí donde no hay proporción, el amor inventa un lazo. Cuando Lacan afirma que el amor es poesía, señala esta dimensión creadora del lenguaje. El amor no completa la falta, pero produce una invención que permite un encuentro posible.

La poesía no es aquí un ornamento sentimental. Es el modo en que el lenguaje crea un lazo allí donde no hay relación escrita. El amor dice, nombra, inventa, hace existir algo entre dos que no estaba garantizado por ninguna complementariedad natural. Por eso el amor es frágil y necesario: se sostiene en palabras, semblantes, síntomas y fantasmas.

El sinthome, Joyce y la inscripción del nombre propio

En los últimos seminarios, especialmente en el Seminario 23, El sinthome, Lacan produce una elaboración decisiva. El síntoma ya no es pensado únicamente como una formación del

inconsciente que debe ser interpretada para revelar un sentido reprimido. Aparece también como una modalidad singular de goce y como una invención que permite al sujeto sostener su existencia.

La escritura sinthome marca una diferencia. Lacan recupera una forma antigua de escribir síntoma para indicar que se trata de otra dimensión. El sinthome no es solamente un mensaje cifrado; es un modo de anudamiento. Permite pensar cómo un sujeto puede mantener juntos lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario. Allí donde el anudamiento falla, el sinthome puede funcionar como suplencia o invención singular.

La referencia a James Joyce resulta fundamental. Lacan no toma a Joyce simplemente como un escritor genial ni como un caso clínico en sentido tradicional. Lo interroga para pensar la función de la escritura en la constitución de un nombre. Joyce habría encontrado en su obra una forma de hacerse un nombre, una inscripción singular que opera como modo de sostén.

La escritura joyceana no es solamente producción literaria. Para Lacan, permite pensar cómo una obra puede funcionar como anudamiento. El nombre propio adquiere entonces una dimensión particular. No es solamente el nombre recibido del Otro, ni una identificación imaginaria. Puede ser aquello que el sujeto produce como marca singular, como modo propio de inscribirse en el campo del Otro y de sostenerse frente a lo real.

Esta perspectiva se articula con la dirección de la cura. El análisis no busca eliminar el síntoma como si fuera un cuerpo extraño. El síntoma forma parte de la manera singular en que cada sujeto se relaciona con el goce. La cuestión no es borrarlo, sino alcanzar un saber hacer con él.

Un saber hacer con el síntoma no equivale a resignarse pasivamente al padecimiento. Implica una transformación. Aquello que antes comandaba la repetición de manera mortificante puede adquirir otra función. Las letras fundamentales permanecen, pero el sujeto puede reordenarlas de otro modo. El atravesamiento fantasmático y el desciframiento del síntoma permiten una reducción de goce y una ganancia para el goce de la vida.

Esta formulación permite pensar el final de análisis como una nueva relación con la marca. El sujeto no se libera de toda determinación. Encuentra una manera singular de hacer con

aquello que lo determina. En ese movimiento puede inscribir su nombre propio, no como identidad completa ni como esencia cerrada, sino como una invención frente a lo real.

La clínica de lo real se orienta hacia ese punto. No promete una existencia sin falta. No promete una relación sexual que finalmente se escribiría. No promete un Otro completo. Acompaña al sujeto hasta el punto en que pueda inventar una forma más habitable de existencia.

Conclusión: Lacan y la ética de una transmisión viva

El recorrido de Jacques Lacan puede leerse como una interrogación permanente sobre las consecuencias del descubrimiento freudiano. Su enseñanza no constituye un sistema cerrado, sino una elaboración que se mantiene abierta porque parte de una pregunta imposible de clausurar: qué es un sujeto para el psicoanálisis.

El retorno a Freud fue la operación que permitió recuperar la dimensión más radical del inconsciente, del deseo y de la división subjetiva. Lacan no buscó agregar una teoría nueva al psicoanálisis, sino volver a leer a Freud para extraer aquello que seguía teniendo consecuencias clínicas.

Desde el sujeto del significante hasta la clínica de lo real, Lacan mostró que el sujeto no puede ser reducido a una identidad, a una adaptación ni a un saber completo sobre sí mismo. El sujeto está atravesado por una falta estructural, por una relación singular con el deseo y por una modalidad propia de goce.

La transferencia, el objeto a y el fantasma permitieron formalizar la experiencia analítica como un recorrido donde el sujeto puede interrogar aquello que sostiene su posición frente al Otro. Pero la última enseñanza de Lacan introduce una consecuencia decisiva: no todo puede ser dicho. Existe un punto de real que escapa al sentido y que no puede ser absorbido completamente por el saber.

Por eso la clínica lacaniana no apunta a eliminar el síntoma como si fuera un elemento extraño al sujeto. El síntoma es también una forma singular de respuesta, una manera en que cada uno organiza su relación con el goce. El final de un análisis no consiste en borrar

las marcas que constituyen al sujeto. Las letras fundamentales permanecen. Lo que puede transformarse es la relación del sujeto con ellas.

El atravesamiento del fantasma permite una nueva posición frente al deseo y frente al goce. El sujeto puede dejar de estar completamente determinado por aquello que se repetía de manera sufriente y encontrar una forma más singular de habitar su existencia.

El concepto de sinthome condensa esta orientación final. Allí donde no existe una garantía última del Otro y donde no hay una relación sexual escrita de antemano, cada sujeto puede inventar una forma propia de anudamiento entre lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario.

La muerte de Lacan en 1981 no cerró su enseñanza. Por el contrario, dejó abierta una tarea para quienes continúan la práctica y la transmisión del psicoanálisis. La responsabilidad del analista no consiste en repetir una doctrina establecida, sino en mantener viva la pregunta que sostiene al psicoanálisis. Cada época presenta nuevas formas del malestar y exige nuevas lecturas sin perder la orientación fundamental.

La fidelidad a Freud y a Lacan no se encuentra en la conservación de fórmulas inmóviles, sino en la capacidad de hacer existir nuevamente la experiencia analítica. El psicoanálisis no promete una respuesta definitiva sobre el ser del sujeto. Su apuesta es acompañarlo hasta el punto donde pueda construir una respuesta singular frente a lo imposible.

Allí reside la dimensión ética de la enseñanza de Lacan: permitir que cada sujeto pueda hacer con su síntoma una invención propia, transformar su relación con el goce y encontrar un modo más habitable de relación con la vida. El legado de Lacan permanece así como una invitación a sostener una clínica orientada por lo real: una clínica que no elimina la falta, sino que permite al sujeto servirse de ella para inventar su propio camino.